

Los intelectuales en U. S. A.

□ En el «Saturday Evening Post» publica Gilbert Seldes un ensayo sobre el contraste de la América del «happy ending» y la América de los intelectuales. Claro está que América, en un periódico norteamericano, quiere decir Yanquilandia. Con todo, el ensayo es de gran interés y de posible aplicación (para aceptarlo o combatirlo), en otros países. Dice el ensayista que por treinta años, el intelectual norteamericano ha saboteado a su tierra y que por los mismos años su tierra le ha dado para vivir preciosamente. Hoy día, ese sabotaje conoce un nuevo y desagradable apogeo. El objeto de estos intelectuales, es, no sólo hacer de América una colonia artística y literaria de Europa, sino además, compeler a los Estados Unidos a tomar como modelos políticos las situaciones en que Europa se debate desorientada y ansiosa. El crítico que en 1920 se quejaba de que América no estuviese a un nivel cultural digno, semejante al de Europa, se queja ahora de que América conserve aún una democracia en su gobierno y sistema político. En general—dice Seldes—hemos oído a nuestros novelistas, poetas y dramaturgos, decir que la vida es aquí amargamente materialista, que no se preocupa de las cosas del espíritu, que sólo atiende a lo coloreado y pintoresco y que su sola devoción es el dinero. Esta queja está manifiesta en «Main Street» de Sinclair Lewis; en «Americana» de H. L. Mencken; en el «Marco Polo» de Eugene O'Neill. Y en treinta jóvenes intelectuales que repudiaban a Norteamérica hacia el año 1922; y en Ludwig Levinsohn y Theodore Dreiser y tantos otros.

Esta gente ignora—por lo visto—el hecho de que la cultura de Europa proviene de mil años en comparación con los trescientos de vida norteamericana. Olvida que lo que de admirable halla en Europa es precisamente el resultado, directo o indirecto, de ese milenio con el que América no cuenta. Los americanos son los hombres de la esperanza en el mundo y en vez de dedicarse

a lamentar la carencia de una civilización que les es imposible tener, debían ponerse a tono con los hechos actuales y cifrar todo en el porvenir. Termina diciendo: Debemos fijarnos más en el porvenir de América que el en pasado de Europa. Y dice esta frase, definiendo el estado actual de Europa: *They are Europe's revolt against Europe's history and Europe's cure for Europe's mortal illness...*

Hasta qué punto tenga razón Mister Seldes deberán decirlo los hechos próximos del futuro y la discusión de un tema que es de plena actualidad, en su enunciado.

Los leones de Judá

□ El conflicto italo-abisinio lleva la mirada hacia ese gran rincón africano tan poco contemplado durante años, si se exceptúan las breves visitas de su emperador a las capitales europeas, donde fué un espectáculo pintoresco el desfile de este león de Judá, descendiente legítimo de los Salomónides, con sus ceñidos perniles blancos, su capote negro y su gran sombrero de alas anchas.

Este *Ras* se encuentra a la cabeza de un pueblo grande, guerrero, poblado por veinte razas diferentes y sujeto a tres religiones. Desde Addis-Abeba, la capital, apenas puede tenderse un filamento de unión con las regiones que la rodean, salvajes y primitivas, a pocos kilómetros. ¿Qué decir de las tribus apartadas! Un pueblo curioso, medieval, cuyo rey se esfuerza en modernizar sin conseguirlo. Una modernización que hace usar al ejército los fusiles Loebel de la guerra franco-prusiana, pero que de pronto encarga veinte aeroplanos y carabinas de último tipo.

Un feudalismo—mejor, un bandolerismo consentido a duras penas—imperaba en el país. A cuarenta kilómetros de la capital, las rachas y bandolerías de los «sciftas» tienen campo libre y andan a su antojo. Un batallón de amazonas (con sus dos pechos, sin mutilación mitológica), constituye uno de los baluar-